

Construir de forma sostenible



Juan Lluís Zamora Mestre
Dr. Arquitecto

Todos los técnicos implicados en la construcción de edificios estamos asistiendo a una inflexión en el trepidante proceso de desarrollo técnico y económico que se ha producido en la sociedad occidental en las dos últimas centurias.

Como consecuencia de dicho proceso hemos ido modificando nuestra forma de construir, nuestra forma de organizar la obra, e incluso los principios básicos que inspiran la lógica del diseño de un edificio. Ello ha sido siempre posible en gran manera debido a la introducción de nuevos materiales, producidos a gran escala y disponibles en cualquier punto del territorio gracias a la extensa red que han tejido los medios de transporte y comunicación como soporte de la distribución de bienes.

Atrás han ido quedando aquellos pliegos de condiciones técnicas que hablaban de la arena de Segovia o el acero toledano, de sus cualidades organolépticas y de los ensayos manuales que el arquitecto debía conocer y aplicar para discriminar aquellos materiales de procedencia local y que llegaban a la obra sin envoltorio ni certificado de nacimiento, al por mayor, en capazos y carretas.



Opinión

El PVC sería un material exponente de esta era en que nos hallamos inmersos. Se trata tal vez del material de síntesis que cuenta en este momento con mayores aplicaciones en un edificio: láminas impermeables, protección de cables eléctricos, perfiles de ventana, mallas de revoco, laminados murales, conducción de aguas residuales y un largo etcétera. Los arquitectos nos hallamos tan arropados por el PVC que incluso nos encontramos atrapados por él, puesto que difícilmente hallaríamos sustitutos solventes si mañana en nuestras obras se interrumpiera súbitamente el suministro.

Por otro lado, todos -usuarios, técnicos, fabricantes y constructores- nos estamos acercando a una encrucijada histórica fruto de la imparable globalización. No se trata de la tan cacareada globalización económica con sus efectos trepidantes en nuestras vidas y bolsillos, sino de una globalización en la forma de producir y de usar bienes que precisa

nuestra sociedad. Multitud de nuevos datos nos advierten de la proximidad de esta encrucijada y su presentimiento está introduciendo una duda legítima y fundada sobre los criterios en los que hasta ahora se fundamenta la vida cotidiana en occidente.

El desarrollo técnico y económico de la cultura industrial occidental, tan envidiado, imitado y elevado a paradigma por muchos aduladores de la sociedad de mercado, nació con un pecado original que es la parcialidad de los factores encontrados en el intercambio. Todos, fabricantes, técnicos y usuarios, producimos y prescribimos aquellos bienes que nos ofrecen el máximo de cualidades subjetivas a cambio de un menor esfuerzo subjetivo posible. Este criterio economicista inmedia-

to gobierna nuestro comportamiento individual y social las 24 horas del día y justifica toda nuestra conducta bajo el amparo moral de la eficacia, criterio que tan bien han desarrollado la ingeniería y la economía.

La globalización del conocimiento y de las comunicaciones han permitido que al interior de esa «campana de cristal» en la que nos hallábamos cómodamente instalados llegaran datos intranquilizadores sobre el precio «real» que el conjunto del mundo estaba pagando por esas comodidades que nos brindaba el progreso industrial. El asequible precio que pagamos por los bienes que disfrutamos escondió muchas veces una subvención en forma de explotación de otras culturas y de otros continentes que han llegado inclusive al límite del esclavismo o de la destrucción. Esta contrapartida, conocida ya desde hace años, era clasificada hasta ahora en el apartado de aquellas multas que inevitablemente hay que pagar para alcanzar ese preciado bien que es el progreso. Esta situación ha sido posible hasta ahora porque el importe de la multa era pequeño o porque otros pagaban esa factura. En este momento, voces nos advierten desde todos los foros posibles que ese precio lo estamos empezando a pagar ya, de forma imperceptible, todos, sin distinción de fronteras. Y ese precio es ya tangible en ríos, vertederos, enfermedades o en el aire que respiramos.

El conocimiento cada vez mayor de las características de este coste oculto está modificando nuestra perspectiva de conjunto, produciendo inmediatamente indignación y temor que nos obliga a exigir el cese de las causas y la persecución de los culpables. Me preocupa, sin embargo, y ahora me acerco a la problemática del PVC, que este noble afán, que apodamos ecológico, que nos impregna al sentirnos «engañados», se convierta en una búsqueda de culpables exteriores sin reconocer que el problema surge de nuestro egoísmo como especie. Los arquitectos estamos asistiendo en los medios

de comunicación al inicio de cruzadas de esta causa que están poniendo a algunos materiales y tecnologías, como el PVC, en el punto de mira de las acciones de movilización. Por mi carácter universitario en mi formación técnica, me debo al rigor científico y me duele pensar que este problema se convierta en una simple caza de brujas para aliviar nuestra conciencia. No hay que hurgar demasiado en las bibliotecas para descubrir que el PVC es tan culpable de los males que amenazan a esta sociedad del desarrollo como el cemento, el microondas, el automóvil o el cigarrillo. Sin embargo, debemos agradecer el inmenso beneficio que ha supuesto para todos esa presión anónima y crítica que, aun sin conseguir su propósito de proscribir estos bienes, ha conseguido que el cemento, el microondas, el automóvil y el cigarrillo



Me preocupa, sin embargo, y ahora me acerco a la problemática del PVC, que este noble afán, que apodamos ecológico, que nos impregna al sentirnos «engañados», se convierta en una búsqueda de culpables exteriores sin reconocer que el problema surge de nuestro egoísmo como especie

del siglo XXI sean, si no todo lo inocuos que desearíamos, si todo lo seguros que podemos alcanzar.

No podemos permanecer pues, como técnicos que somos, con la cabeza debajo del ala ante este espectáculo mediático de acosadores y acosados, sino que debemos propiciar un cambio hacia unas nuevas pautas de desarrollo que algunos ya han apellidado como sostenible. La eficacia energética, económica y material consideradas de manera global en forma de balance energético, de disponibilidad de recursos y de reciclabilidad, deben ser de ahora en adelante el «input» principal a considerar entre las exigencias de diseño de un edificio. Y esa conciencia del problema la debemos de hacer extensible a fabricantes, constructores y usuarios porque se trata en definitiva de cambiar de forma de pensar. Y cambiar de forma de pensar significa a la postre cambiar en la forma de actuar, es decir,

No podemos permanecer pues, como técnicos que somos, con la cabeza debajo del ala ante este espectáculo mediático de acosadores y acosados, sino que debemos propiciar un cambio hacia unas nuevas pautas de desarrollo que algunos ya han apellidado como sostenible

diseñar y consumir de forma distinta. Y ese objetivo cuesta mucho más porque se paga con esfuerzo individual y no con los dividendos de una sociedad. Con o sin PVC, los arquitectos nos hallamos ante la obligación de dar soluciones técnicas para el cobijo de una humanidad que debe marcarse, sin maniqueísmos, unas pautas de conducta que le permitan desarrollarse cualitativamente sin llegar al límite de la supervivencia. Construir con PVC nos ha permitido egoístamente hablando como arquitectos, disponer de un material moldeable, rígido, inerte y aislante eléctrico y térmico, con una duración comparable a la del resto de materiales minerales del edificio. Todo ello, presente en un solo material, es una baraja de ases que la construcción ha reunido tras muchos siglos de investigación mientras usábamos la piedra como principal material de construcción.

Si la sociedad en peso decide que la balanza de ventajas y desventajas de alguna tecnología es desfavorable para el planeta, y para el bien de todos, deberemos restringir progresivamente el uso de los materiales de construcción afectados por dicha decisión (plásticos, maderas, metales) y se nos planteará un importante reto de sustitución puesto que los nuevos materiales que los sucedan deberán ofrecer no tan sólo unas características similares de calidad y costo monetario, sino un curriculum ecológico impecable.

